



En el cincuentenario de la muerte del escritor y traductor Guillermo Jünemann

Un sabio casi olvidado

Era como había indicado aquel ex alumno del Seminario de Concepción: Ramiro Méndez Braña había no sólo estudiado la "Literatura Universal" de Jünemann, sino que él mismo había sido su profesor. Había que pedir a Ramiro algún recuerdo, entonces; y, al entregarlo, el ex alumno manifestó de plano que Jünemann no tenía la adhesión ni el afecto del curso. ¿Por qué? "Talvez porque se les perdió de vista". Captaban los discípulos la sencillez del maestro; pero esto no significaba que no intuyesen su altura intelectual inalcanzable. No tenía él, por lo mismo, ni la adhesión ni el afecto del curso.

Al continuar haciendo memorias, el ex Presidente de la Corte Suprema dijo que a él lo que más le había impresionado siempre era la serenidad de aquel sacerdote. Era un carisma suyo la serenidad, y la difundía al punto como de hacerla sentir. Profesor, empero, en el sentido común de la palabra, no se puede decir que lo fuera. ¿Sabía de esto Guillermo Jünemann? Parece que sí; pues cuando Enrique Molina Garmendia fue, en persona, hasta su modesta casa del hospital, a ofrecerle la cátedra de griego en la universidad, el capellán, bien que lo agradeció, declinó el ofrecimiento. Más que para enseñar con la palabra, había nacido Jünemann para enseñar y agradar y, muchas veces, deleitar con la pluma, el artículo periodístico, el libro.

Era un niño cuando llegó a Chile (Ancud, Puerto Montt) con sus padres Federico y Cristina y dos hermanos menores, Guillermo Jünemann Beckshaeffer (1855-1938). Después de "una quema", un robe que había permanecido enhiesto y al parecer intacto, se abatió y aplastó a su padre. El abrazo fatal no alcanzó al pequeño que, por fortuna, perdió al punto y por un tiempo la memoria.

¿Qué traje el niño desde Welwer, su tierra natal? El mismo lo cuenta: la fragancia de los nenúfares y el eco del canto de un ruiseñor. Entonces ¿fue el canto del ave de plumaje humilde y garganta soberana el que lo llevó a admirar y celebrar las aves canoras de su nueva patria? Porque no hay una de ellas a la que no cante en sus versos de las "Elégicas". Lo que no signi-

fica que olvidara al ave cuyos trinos escuchó una noche entre el ramaje de las hayas altísimas que rodeaban su hogar: "Todas las aves cantaban todo el día al día; ninguna a la noche, con ser ella tan amable, tan hermosa, tan imagen de la dulce paz del sueño: la muerte. Por lo que la noche sintióse solitaria y estuvo como por elevar una queja muda al cielo. Y oyéndola el cielo, dióle un ave; un ave que pudiese compartir su soledad, y comprender sus íntimas alegrías y sus tiernas penas. Dióle la reina de las aves canoras: el ruiseñor. Y ya el día envió a la noche y enmudeció suspenso por oír en lontananza los postreros ecos de su cantor entre las vislumbres del crepúsculo y de la aurora".

Tan misteriosamente como se fue, volvió la memoria y hubo de asistir a la escuela el pequeño germano que, ignorando del todo la lengua vernácula, fue el blanco de las burlas de sus desalmados compañeros. Pero como aquel tímido Telémaco venía "signado" para cumplir un preciso destino, luego halló un Mentor en el Padre José Zeitlmeier, jesuita alemán.

¿Por quién supo el Padre José que en aquel niño se hallaba oculto y en ciernes el estupendo filólogo —esteta que habría de escribir, después, que era "mucho más claro y preciso el griego que el latín"; que el hebreo es "un idioma pobre, aunque maravillosamente poético y colorido"; y que nuestro idioma "tiene una rara fuerza, majestad y armonía, cualidades muy peregrinas que acaso no reúne ninguna otra lengua"? Tal vez por Cristina que, a los pocos días de llegar, observó cómo su hijo preguntaba, por señas, a un niño chileno que comía pan, el nombre del alimento; y cómo, al oír la palabra "pan", había manifestado sorpresa y disgusto. El Padre José, humanista y sicólogo, entendió de inmediato la causa del desagrado del niño: la primera palabra latina (pan - (is) que había escuchado su oído de germano, le había sonado a golpe hueco, a "tan"; muy diverso de su "brot" lleno y sabroso. El hecho, insignificante, al parecer, fue suficiente para que el Padre José tomara bajo su tutela al filólogo en ciernes; hasta en-

Por Eleazar ROSALES, Pbro

viarlo, años después, a estudiar filología al Colegio San Ignacio, en Santiago.

Pero aconteció que el Obispo de Concepción, José Hipólito Salas, visitó un día cualquiera el Colegio de los Jesuitas y, al observar al alumno, ya quinceañero, venido de Puerto Montt, se lo llevó sin más a su Seminario en "la Perla del Bio Bio". No se encontró con un Padre José el nuevo seminarista; aunque, sí, con un hombre que resumía la ciencia y arte de enseñar, así: A quien de veras deseaba estudiar, debía dársele la mayor libertad posible, la mayor ayuda posible y el mayor estímulo posible. De este modo pensaba y actuaba el obispo-orador; y acaso sea por esto por lo que Guillermo Jünemann depositó sobre su sarcófago una rosa conformada por estos dos solos vocablos:

"Mentor Máximus".

Ya antes de ser ordenado de sacerdote (1880) Jünemann enseñaba Historia de la Literatura, Métrica y Arte Poética en el Seminario; y como el texto de don Diego Barros Arana no convenciera ni al obispo Salas ni el rector del colegio, éste (por indicación, sin duda, del Prelado) pidió a Jünemann escribir un libro sobre Historia General de la Literatura, costeano el colegio la edición; y como el joven profesor había escrito ya unos "Juicios críticos literarios", pronto vio la luz pública su primer libro; del cual el diario el "País" de Concepción escribió como sigue: "En las páginas de este libro no se leen las frases conocidas que se aplican corrientemente a los autores que han ilustrado la literatura; sino frases nuevas y sobrias, y que a veces sorprenden, porque corresponden a un estudio directo y a un criterio propio, apasionado por los fueros de la justicia". Así el diario local.

Y aquí ya se pregunta uno: ¿Cómo llegó el texto a manos de Benito Herder, Librero-Editor Pontificio, Friburgo de Brisgovia, Alemania? Lo ignoremos. El hecho es que llegó y que Benito Herder se contactó con su autor; y que la obra, con el título de "Literatura Universal", oportuna y debidamente corregida y ampliada, alcanzó seis ediciones.

Un sabio casi olvidado [artículo] Eleazar Rosales.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rosales, Eleazar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un sabio casi olvidado [artículo] Eleazar Rosales.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile